

Michel de Montaigne

# Ensayos

Edición bilingüe al cuidado  
de Javier Yagüe Bosch

MICHEL DE MONTAIGNE

# Ensayos

Edición bilingüe

Segunda edición corregida

Texto francés establecido por  
André Tournon

Edición, traducción, notas,  
introducción y bibliografía de  
Javier Yagüe Bosch

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Essais de Michel Seigneur de Montaigne*  
Traducción del francés: Javier Yagüe Bosch

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2014  
Segunda edición corregida: octubre de 2021

© Imprimerie Nationale Éditions/Actes Sud, 1997-1998  
© de la traducción, notas, introducción y bibliografía: Javier Yagüe Bosch, 2014  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 9576-2021  
ISBN: 978-84-18807-23-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## ÍNDICE

Introducción. <i>Una nueva edición de los Ensayos</i>	11
Bibliografía	29
ENSAYOS	
Al lector	43
LIBRO I	
Capítulo I. Por distintos medios se llega a igual fin	47
Capítulo II. De la tristeza	55
Capítulo III. Nuestro sentir va más allá de nosotros	61
Capítulo IV. De cómo el alma descarga sus pasiones en objetos falsos cuando le faltan los verdaderos	75
Capítulo V. Si el jefe de una plaza sitiada ha de salir a parlamentar	81
Capítulo VI. El peligroso momento de parlamentar	87
Capítulo VII. Nuestros actos han de juzgarse por la intención	91
Capítulo VIII. De la ociosidad	95
Capítulo IX. De los mentirosos	99
Capítulo X. Del hablar pronto o tardío	109
Capítulo XI. De los pronósticos	113
Capítulo XII. De la firmeza	121
Capítulo XIII. Protocolo en las entrevistas reales	127
Capítulo XIV. La percepción de bienes y males depende en gran medida de la idea que tenemos de ellos	131
Capítulo XV. Somos castigados por empeñarnos sin razón en defender una plaza	165

Capítulo XVI. Del castigo de la cobardía	169
Capítulo XVII. Un rasgo de algunos embajadores	173
Capítulo XVIII. Del miedo	179
Capítulo XIX. No ha de juzgarse de nuestra ventura hasta después de muertos	185
Capítulo XX. Filosofar es aprender a morir	191
Capítulo XXI. Del poder de la imaginación	223
Capítulo XXII. El beneficio del uno es el perjuicio del otro	243
Capítulo XXIII. De la costumbre y de la dificultad para cambiar una ley comúnmente aceptada	245
Capítulo XXIV. Distintos resultados de una misma decisión	275
Capítulo XXV. Del oficio de preceptor	293
Capítulo XXVI. De la educación de los hijos	315
Capítulo XXVII. Es desatino confiar a nuestra inteligencia el discernimiento de lo verdadero y lo falso	377
Capítulo XXVIII. De la amistad	385
Capítulo XXIX. Veintinueve sonetos de Étienne de la Boétie	409
Capítulo XXX. De la moderación	411
Capítulo XXXI. De los caníbales	421
Capítulo XXXII. Hay que ser prudente a la hora de meterse a juzgar los designios divinos	447
Capítulo XXXIII. De huir de los placeres a costa de la propia vida	451
Capítulo XXXIV. Con frecuencia va la fortuna tras los pasos de la razón	455
Capítulo XXXV. De una carencia de nuestra administración	461
Capítulo XXXVI. De la costumbre de vestirse	465
Capítulo XXXVII. De Catón el Joven	473
Capítulo XXXVIII. De cómo lloramos y reímos por un mismo motivo	481
Capítulo XXXIX. De la soledad	487
Capítulo XL. Reflexiones sobre Cicerón	509
Capítulo XLI. De no ceder a otro la propia gloria	519
Capítulo XLII. De la desigualdad que existe entre nosotros	525
Capítulo XLIII. De las leyes suntuarias	545
Capítulo XLIV. Del dormir	549
Capítulo XLV. De la batalla de Dreux	553
Capítulo XLVI. De los nombres	557
Capítulo XLVII. De la incertidumbre de nuestro juicio	567
Capítulo XLVIII. De los caballos adiestrados	579

Capítulo XLIX. De las costumbres antiguas	595
Capítulo L. De Demócrito y Heráclito	605
Capítulo LI. De la vanidad de las palabras	611
Capítulo LII. De la austeridad de los antiguos	617
Capítulo LIII. De una sentencia de César	619
Capítulo LIV. De las vanas ingeniosidades	623
Capítulo LV. De los olores	629
Capítulo LVI. De las oraciones	633
Capítulo LVII. De la duración de la vida	651

## LIBRO II

Capítulo I. De la inconstancia de nuestras acciones	659
Capítulo II. De la embriaguez	673
Capítulo III. Costumbre de la Isla de Ceos	691
Capítulo IV. Mañana se verá el asunto	717
Capítulo V. De la conciencia	721
Capítulo VI. De la ejercitación	729
Capítulo VII. De los premios honoríficos	749
Capítulo VIII. Del afecto de los padres por los hijos	757
Capítulo IX. De la armadura de los partos	793
Capítulo X. De los libros	799
Capítulo XI. De la crueldad	825
Capítulo XII. Apología de Raimundo Sabunde	853
Capítulo XIII. De juzgar la muerte ajena	1187
Capítulo XIV. De cómo nuestra mente se estorba a sí misma	1199
Capítulo XV. Nuestro deseo se acrece con las dificultades	1201
Capítulo XVI. De la gloria	1213
Capítulo XVII. De la presunción	1239
Capítulo XVIII. De las acusaciones de mentir	1299
Capítulo XIX. De la libertad de conciencia	1309
Capítulo XX. No degustamos nada puro	1317
Capítulo XXI. Contra la holgazanería	1323
Capítulo XXII. De las postas	1331
Capítulo XXIII. De los malos medios empleados para buen fin	1335
Capítulo XXIV. De la grandeza de Roma	1343
Capítulo XXV. De no hacerse el enfermo	1347

Capítulo XXVI. De los pulgares	1353
Capítulo XXVII. Cobardía, madre de la crueldad	1357
Capítulo XXVIII. Todas las cosas tienen su momento	1375
Capítulo XXIX. Del valor	1381
Capítulo XXX. De un niño monstruoso	1395
Capítulo XXXI. De la ira	1399
Capítulo XXXII. Defensa de Séneca y Plutarco	1413
Capítulo XXXIII. La historia de Espurina	1425
Capítulo XXXIV. Observaciones sobre los métodos de hacer la guerra de Julio César	1439
Capítulo XXXV. De tres buenas esposas	1455
Capítulo XXXVI. De los hombres más egregios	1471
Capítulo XXXVII. Del parecido de los hijos a los padres	1485

### LIBRO III

Capítulo I. De lo útil y lo honroso	1543
Capítulo II. Del arrepentimiento	1571
Capítulo III. De tres tipos de relación	1597
Capítulo IV. De la distracción	1619
Capítulo V. Sobre unos versos de Virgilio	1639
Capítulo VI. De los carruajes	1753
Capítulo VII. De los inconvenientes de la grandeza	1789
Capítulo VIII. Del arte de conversar	1799
Capítulo IX. De la vanidad	1843
Capítulo X. De economizar la voluntad	1953
Capítulo XI. De los cojos	1995
Capítulo XII. De la fisonomía	2015
Capítulo XIII. De la experiencia	2069

### Notas

Notas de la advertencia al lector	2177
Notas del libro I	2179
Notas del libro II	2255
Notas del libro III	2343

## LIVRE I



LIBRO I

[A] La plus commune façon d'amollir les cœurs de ceux qu'on a offensés, lorsqu'ayant la vengeance en main, ils nous tiennent à leur merci, c'est de les émouvoir par soumission à commisération et à pitié. Toutefois la braverie et la constance, moyens tout contraires, ont quelquefois servi à ce même effet. Edouard prince de Galles, celui qui régenta si longtemps notre Guyenne : personnage duquel les conditions et la fortune ont beaucoup de notables parties de grandeur : ayant été bien fort offensé par les Limousins, et prenant leur ville par force, ne put être arrêté par les cris du peuple, et des femmes, et enfants abandonnés à la boucherie, lui criant merci, et se jetant à ses pieds, jusqu'à ce que passant toujours outre dans la ville, il aperçut trois gentilshommes Français, qui d'une hardiesse incroyable soutenaient seuls l'effort de son armée victorieuse. La considération et le respect d'une si notable vertu, reboucha premièrement la pointe de sa colère : Et commença par ces trois, à faire miséricorde à tous les autres habitants de la ville. Scanderberch, prince de l'Épire, suivant un soldat des siens pour le tuer : et ce soldat ayant essayé par toute espèce d'humilité et de supplication, de l'apaiser, se résolut à toute extrémité de l'attendre l'épée au poing. Cette sienne résolution arrêta sus bout la furie de son maître, qui pour lui avoir vu prendre un si honorable parti, le reçut en grâce. Cet exemple pourra souffrir autre interprétation de ceux qui n'auront lu la prodigieuse force et vaillance de ce prince-là. L'Empereur Conrad troisième, ayant assiégé Guelpho duc de Bavière, ne voulut condescendre à plus douces conditions, quelques viles et lâches satisfactions qu'on lui offrit, que de permettre seulement aux gentils-femmes qui étaient assiégées avec le Duc, de sortir leur honneur sauf à pied, avec ce qu'elles pourraient emporter sur elles. Elles d'un cœur magnanime s'avisèrent de charger sur leurs épaules leurs maris, leurs enfants et le Duc même. L'Empereur prit si grand plaisir à voir la gentillesse de leur courage, qu'il en pleura d'aise : Et amortit toute cette aigreur d'inimitié mortelle et capitale, qu'il avait portée contre ce Duc : Et dès lors en avant le traita humainement lui et les siens.

[B] L'un et l'autre de ces deux moyens m'emporterait aisément. Car j'ai une merveilleuse lâcheté vers la miséricorde et la mansuétude. Tant

## CAPÍTULO I

### POR DISTINTOS MEDIOS SE LLEGA A IGUAL FIN<sup>1</sup>

La forma más común de ablandar el corazón de aquellos a quienes hemos ofendido, cuando con la venganza en la mano nos tienen a su merced, es moverlos con nuestra sumisión a conmiseración y piedad. Sin embargo, la valentía y la firmeza, medios totalmente contrarios a los anteriores, han servido en ocasiones para obtener ese mismo resultado. Eduardo, príncipe de Gales, que durante tanto tiempo gobernó nuestra Guyena<sup>2</sup>, personaje cuyas cualidades y posición tienen muchos notables rasgos de grandeza, había sido gravemente ofendido por los habitantes de Limoges y tomaba su ciudad por la fuerza: no pudieron detenerlo los gritos del pueblo y de las mujeres y los niños que, abandonados a la masacre, le imploraban piedad y se arrojaban a sus pies, hasta que, prosiguiendo su penetración en la ciudad, vio a tres caballeros franceses que con increíble coraje se enfrentaban solos al embate de su ejército victorioso. La consideración y admiración por tan señalado valor mitigaron primeramente la pujanza de su ira y, empezando por estos tres, se mostró misericordioso con todos los demás habitantes de la ciudad<sup>3</sup>. Scanderberg, príncipe del Epiro, perseguía a uno de sus soldados para matarlo, y habiendo este intentado aplacarlo con toda suerte de humillaciones y súplicas, resolvió en tal extremo esperarlo con la espada en la mano. Esta entereza suya detuvo inmediatamente la furia de su señor, el cual, viéndolo tomar tan honrosa decisión, le concedió su gracia<sup>4</sup>. Otra interpretación podrán dar a este ejemplo quienes no hayan tenido noticia de la prodigiosa fuerza y bravura de este príncipe. El emperador Conrado III, teniendo sitiado a Güelfo, duque de Baviera, no quiso, por más cobardes y viles satisfacciones que se le ofrecieron, otorgar condiciones menos severas que la de permitir que las damas nobles que estaban en el asedio con el duque salieran a pie y con lo que pudieran llevar consigo, quedando a salvo su honor. Ellas, con corazón magnánimo, resolvieron cargarse a las espaldas a sus maridos e hijos y al duque mismo. Tanto emocionó al emperador la fineza de su arrojo, que lloró de contento y se amortiguó en él toda esa animosidad de odio mortal y absoluto que había tenido contra el duque, y de ahí en adelante los trató con humanidad a él y a los suyos<sup>5</sup>.

Cualquiera de esos dos medios me vencería fácilmente, pues tengo extraordinaria inclinación a la misericordia y la mansedumbre; tanto es así

y a qu'à mon avis je serais pour me rendre plus naturellement à la compassion qu'à l'estimation – Si est la pitié passion vicieuse aux Stoïques. Ils veulent qu'on secoure les affligés, Mais non pas qu'on fléchisse et compatisse avec eux.

[A] Or ces exemples me semblent plus à propos. D'autant qu'on voit ces âmes assaillies et essayées par ces deux moyens, en soutenir l'un sans s'ébranler et courber sous l'autre. Il se peut dire, que de rompre son cœur à la commisération, c'est l'effet de la facilité, débonnairété et mollesse: D'où il advient que les natures plus faibles, comme celles des femmes, des enfants et du vulgaire, y sont plus sujettes. Mais ayant eu à dédain les larmes et les prières, de se rendre à la seule révérence de la sainte image de la vertu, que c'est l'effet d'une âme forte et imployable, ayant en affection et en honneur une vigueur mâle et obstinée. Toutefois ès âmes moins généreuses, l'étonnement et l'admiration, peuvent faire naître un pareil effet. Témoin le peuple Thébain: lequel ayant mis en justice d'accusation capitale ses capitaines, pour avoir continué leur charge outre le temps qui leur avait été prescrit et préordonné, absolu à toutes peines Pélopidas, qui pliait sous le faix de telles objections, et n'employait à se garantir que requêtes et supplications: Et au contraire Epaminondas, qui vint à raconter magnifiquement les choses par lui faites, et à les reprocher au peuple, d'une façon fière et arrogante, il n'eut pas le cœur de prendre seulement les ballottes en mains; Et se départit l'assemblée, louant grandement la hauteesse du courage de ce personnage.

[c] Dionysius le vieil, après des longueurs et difficultés extrêmes ayant pris la ville de Rege et en icelle le capitaine Phyton, grand homme de bien, qui l'avait si obstinément défendue, voulut en tirer un tragique exemple de vengeance. Il lui dit premièrement comment le jour avant il avait fait noyer son fils et tous ceux de sa parenté. A quoi Phyton répondit seulement, qu'ils en étaient d'un jour plus heureux que lui. Après il le fit dépouiller et saisir à des bourreaux et le traîner par la ville en le fouettant très ignominieusement et cruellement: et en outre le chargeant de félonnes paroles et contumélieuses. Mais il eut le courage toujours constant, sans se perdre: Et d'un visage ferme, allait au contrairementevant à haute voix l'honorable et glorieuse cause de sa mort, pour n'avoir voulu rendre son pays entre les mains d'un tyran: le menaçant d'une prochaine punition des Dieux. Dionysius lisant dans les yeux de la commune de son armée qu'au lieu de s'animer des bravades de cet

que con más naturalidad me dejaría, creo, llevar por la compasión que por la estimación. Y sin embargo la piedad es viciosa pasión según los estoicos: dicen ellos que hemos de socorrer a los afligidos, pero no enternecernos ni compadecernos de ellos<sup>6</sup>.

Pero estos ejemplos me parecen más a propósito, por cuanto vemos cómo esas almas, acometidas y puestas a prueba por ambos recursos, aguantan el uno sin quebrantarse y se doblegan ante el otro. Puede decirse que rendir el pecho a la conmiseración es acto de afabilidad, indulgencia y flaqueza, de ahí que sean más proclives a ello las naturalezas más débiles, como las de las mujeres, los niños y el vulgo; por el contrario, habiendo desdeñado lágrimas y ruegos, rendirse tan solo a la reverencia de la santa imagen del valor es propio de un espíritu fuerte e implacable que aprecia y honra un brío viril y obstinado. No obstante, en almas menos nobles, el asombro y la admiración pueden producir ese mismo resultado. Así lo atestigua el pueblo de Tebas: cuando enjuiciaba con capitales cargos a sus jefes militares por haber prolongado sus mandatos más allá del periodo que les había sido prescrito y previamente asignado, a duras penas absolvió a Pelópidas, que cedía bajo el peso de tales acusaciones y solamente adujo en su defensa instancias y súplicas; por el contrario, cuando Epaminondas relató magníficamente las gestas que había realizado y se las enrostró con orgullo y altanería al pueblo, este no tuvo valor ni para echar mano de las bolas de votación, y se disolvió la asamblea elogiando altamente el ánimo superior de este personaje<sup>7</sup>.

Dionisio el Viejo, cuando hubo tomado tras extremas dilaciones y dificultades la ciudad de Reggio, y con ella al capitán Pitón, gran hombre honrado que tan obstinadamente la había defendido, quiso hacer de ello un trágico ejemplo de venganza. Le explicó en primer lugar cómo la víspera había mandado ahogar a su hijo y a toda su parentela. A eso respondió Pitón que aquellos solo habían sido felices un día más que él. Después lo mandó desnudar, entregar a unos verdugos y arrastrar por la ciudad al tiempo que lo azotaban de manera muy ignominiosa y cruel, escarneciéndolo además con palabras oprobiosas y ultrajantes. Pero él mantuvo en todo momento el ánimo firme y no perdió la compostura; al contrario, iba con rostro sereno pregonando a voces la honorable y gloriosa causa de su muerte, que era no haber querido poner a su país en manos de un tirano, y amenazando a este con el inminente castigo de los dioses. Dionisio, leyendo en los ojos de su soldadesca que, en lugar de verse instigada por las bravatas que el

ennemi vaincu, au mépris de leur chef et de son triomphe, elle allait s'amollissant par l'étonnement d'une si rare vertu et marchandait de se mutiner, étant à même d'arracher Phyton d'entre les mains de ses sergents, fit cesser ce martyre et à cachette l'envoya noyer en la mer.

[A] Certes c'est un sujet merveilleusement vain, divers et ondoyant, que l'homme: Il est malaisé d'y fonder jugement constant et uniforme. Voilà Pompeius qui pardonna à toute la ville des Mamertins, contre laquelle il était fort animé, en considération de la vertu et magnanimité du citoyen Zénon, qui se chargeait seul de la faute publique, et ne requérait autre grâce que d'en porter seul la peine. Et l'hôte de Sylla ayant usé en la ville de Péruse de semblable vertu, n'y gagna rien, ni pour soi ni pour les autres.

[B] Et directement contre mes premiers exemples, le plus hardi des hommes et si gracieux aux vaincus, Alexandre, forçant, après beaucoup de grandes difficultés, la ville de Gaza, rencontra Bétis qui y commandait, de la valeur duquel il avait, pendant ce siège, senti des preuves merveilleuses: lors seul, abandonné des siens, ses armes dépecées, tout couvert de sang et de plaies, combattant encore au milieu de plusieurs Macédoniens qui le chamaillaient de toutes parts: Et lui dit, tout piqué d'une si chère victoire – car entre autres dommages, il y avait reçu deux fraîches blessures sur sa personne: «Tu ne mourras pas comme tu as voulu, Bétis: Fais état qu'il te faut souffrir toutes les sortes de tourments qui se pourront inventer contre un captif». L'autre, d'une mine non seulement assurée, mais rogue et altière, se tint sans mot dire à ces menaces. Lors Alexandre, voyant son fier et obstiné silence: «A-il fléchi un genou? lui est-il échappé quelque voix suppliante? Vraiment je vaincrai ta taciturnité: Et si je n'en puis arracher parole, j'en arracherai au moins du gémissement». Et tournant sa colère en rage, commanda qu'on lui perçât les talons, et le fit ainsi traîner tout vif, déchirer et démembrer au cul d'une charrette. Serait-ce, que la hardiesse lui fût si commune, que pour ne l'admirer point il la respectât moins? [C] Ou qu'il l'estimât si proprement sienne qu'en cette hauteur il ne pût souffrir de la voir en un autre sans le dépit d'une passion envieuse. Ou que l'impétuosité naturelle de sa colère fût incapable d'opposition. De vrai si elle eût reçu la bride il est à croire qu'en la prise et désolation de la ville de Thèbes elle l'eût reçue, à voir si cruellement mettre au fil de l'épée tant de vaillants hommes perdus et n'ayant plus moyen de défense publique — car il en fut tué

enemigo vencido pronunciaba en desprecio del jefe y de su triunfo, se iba reblandeciendo con el asombro por tan raro valor y que, pensando en amotinarse, se disponía a arrancar a Pitón de manos de sus guardas, ordenó detener el martirio y a escondidas lo mandó ahogar en el mar<sup>8</sup>.

Es sin duda el hombre un objeto extraordinariamente vano, mudable y fluctuante. Resulta difícil asentar en él un juicio constante y uniforme. Ved cómo Pompeyo perdona a toda la ciudad de los mamertinos, contra la cual estaba muy airado, en consideración de la valentía y magnanimidad del ciudadano Zenón, que quiso asumir en su persona la pública culpa y no pedía otra gracia que la de sufrir él solo la consiguiente pena; sin embargo, el huésped de Sila, habiendo mostrado en la ciudad de Perusa un valor semejante, nada ganó con ello, ni para sí ni para los demás<sup>9</sup>.

Y directamente contrario a mis primeros ejemplos es este: el más audaz de los hombres y tan piadoso con los vencidos, Alejandro<sup>10</sup>, habiendo sometido con grandes dificultades la ciudad de Gaza, encontró a Betis – que en ella ejercía el mando y de cuyo valor había tenido durante el asedio admirables pruebas– solo, abandonado de los suyos, destrozada la armadura, todo cubierto de sangre y llagas, batiéndose todavía entre varios macedonios que lo acosaban por todas partes. Alejandro le dijo, irritado por una victoria que tan cara le había costado (pues, entre otros daños, acababa de recibir dos heridas en su persona): «No morirás como deseas, Betis: piensa que habrás de sufrir toda clase de tormentos que puedan inventarse contra un cautivo». El otro, con gesto no ya seguro, sino arrogante y altivo, aguantó sin decir palabra tales amenazas. Entonces Alejandro, ante su silencio orgulloso y obstinado, dijo: «¿No dobla la rodilla? ¿No ha salido de él una voz de súplica? Te aseguro que voy a vencer tu taciturnidad, y si no puedo arrancarte palabras al menos te arrancaré gemidos». Y, tornando su ira en furia, ordenó que le atravesaran los talones, y lo mandó así arrastrar vivo, desgarrar y desmembrar atado a la trasera de una carreta<sup>11</sup>. ¿Será que la audacia le era tan conocida que, por no admirarla, la respetase menos? ¿O que la juzgase tan exclusivamente suya que no pudiera soportar el verla tan encumbrada en otro sin sentir el despecho de un sentimiento de envidia? ¿O que nada fuera capaz de contrarrestar la natural impetuosidad de su cólera? Realmente, si podía refrenarla, es de creer que lo habría hecho en la toma y devastación de la ciudad de Tebas, viendo que cruelmente se pasaba por la espada a tantos hombres valerosos que estaban desbaratados y sin medio de pública defensa. Pues allí se dio

bien six mille desquels nul ne fut vu ni fuyant ni demandant merci, au rebours cherchant qui çà qui là par les rues à affronter les ennemis victorieux, les provoquant à les faire mourir d'une mort honorable. Nul ne fut vu si abattu de blessures qui n'essayât en son dernier soupir de se venger encore. Et à tout les armes du désespoir consoler sa mort en la mort de quelque ennemi. Si ne trouva l'affliction de leur vertu aucune pitié, et ne suffit la longueur d'un jour à assouvir sa vengeance. Dura ce carnage jusques à la dernière goutte de sang qui se trouva épandable et ne s'arrêta qu'aux personnes désarmées, vieillards, femmes et enfants, pour en tirer trente mille esclaves.



muerte a más de seis mil, sin que se viera a ninguno huir ni pedir merced, antes iban de aquí para allá, por las calles, tratando de afrontar al enemigo victorioso, provocándolo para que les diera muerte honorable. A ninguno se vio tan abatido por las heridas que no intentara en su último suspiro vengarse todavía y, sin más armas que las de la desesperación, consolar su propia muerte con la muerte de algún enemigo. Mas no halló piedad su afligido valor y no bastó el espacio de un día para saciar la venganza. Duró esta carnicería hasta que no quedó una sola gota de sangre por derramar y solo se contuvo ante personas desarmadas, ancianos, mujeres y niños, para hacer de ellos treinta mil esclavos<sup>12</sup>.